



Apuntes

N.º 4 Sábado 3 de junio de 2004

Diario/Zaragoza

El abejorro de Coloane

Francisco Coloane siempre se ha sobrepuesto a las modas. Desde 1941, al obtener el Premio Municipal de Santiago con sus relatos sobre el Cabo de Hornos y la Tierra del Fuego, no ha dejado de ser leído y apreciado como un elemento de primera línea en nuestra literatura.

A mi juicio, el fundamento de esa seducción está en que Coloane, aparte de su enorme simpatía personal y la sencillez a toda prueba de su carácter de hombre común y corriente, hacía lo mismo que confesaba su amigo Pablo Neruda: «Nunca invento cuando estoy contando».

De acuerdo al testimonio de Héctor Fuenzalida Villegas, hombre de letras que ejerció el cargo de secretario de la rectoría de la Universidad de Chile, en 1937 Coloane realizó un corto viaje a Santiago. Ese viaje, sin importancia aparente, tuvo el mérito de vincularlo a los escritores de carne y hueso y, naturalmente, a Mariano Latorre, su guía aquí en Santiago. No recorrieron frigoríficos ni estancias. El joven

Coloane iba con el maestro andando por peñas y restaurantes, además de la librería Nacimiento y aquella peripatética academia de la esquina de Ahumada con Iluárlanos que fluctuaba entre las vitrinas de la farmacia Klein y las de la Ville de Nice, según donde enlentara más el sol y que las habituéis denominaban La Parcela. Recuerda Héctor Fuenzalida: «¿Quién no pasó por ahí? He visto en ella a cuantos han dejado una hoja escrita en el periodismo o en la literatura. Academia andante que había prosperado primero en la brillante entrada de la librería Simón, a un costado de la Casa Francesa, hasta que cerró sus puertas. He visto pasar por ella a D'Hahnar, a Hernández Catá, a Joaquín Edwards Bello... ¡Y hasta a don Daniel Martínez! Allí veíamos a diario a Julio Barrenechea, a Enrique Espinoza, recién llegado de Buenos Aires, a Astolfo Tapia; por allí cruzaba con un extraño abrigo de castilla, como una oveja enlutada, Pablo Neruda, con Tomás Lago, balanceándose ambos en un acuerdo tácito de tomar el pavimento como cubierta de un barco

y dialogando con un acento caudoso y nasal».

Por allí continúa Fuenzalida: «calle Domingo Meli, serio y distante, «con aquel rostro que erguía con cierto aire de caballero andante, siempre acogedor, distinguido, enamorado, crítico y somnolento. Era la hora dispensada y alegre del paseo en el centro que cruzaba bajo la marquesina de la Ville de Nice, Hovieta o tronara». Por allí andaba también Luis Durand, con el bastón de málica, el aire melope y rubicundo, dejando oír una voz cilla expirante, pero siempre lleno de gracia sabrosa y regocijante, contrastando con la enteca silueta de Guillermo Koenenkampf, Don Contri, criollista también, polemizando eternamente, eternamente irritado e irritable, puntilloso en el atuendo, puntilloso en la defensa de lo vernáculo y auténtico, de lo cual se sentía copropietario y administrador dentro de su evangélica bondad y sencillez apostólica».

Ese fue el abejorro literario que recibió a Francisco Coloane en su conquista de Santiago.

LUIS SÁNCHEZ LATORRE

El abejorro de Coloane [artículo] Luis Sánchez Latorre

Libros y documentos

AUTORÍA

Sánchez Latorre, Luis, 1925-2007

FECHA DE PUBLICACIÓN

2004

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El abejorro de Coloane [artículo] Luis Sánchez Latorre

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile